

«No hay muerte como el olvido».

La historia regional alemana de entreguerras

JUAN JOSÉ CARRERAS ARES

Sobre todo cuando el olvido es interesado, como sucedió tratándose de una historia regional, *Landesgeschichte*, devenida una historia del pueblo alemán, *Volksgeschichte*, instrumento del expansionismo genocida del régimen nacionalsocialista. Por eso, después de 1945, tanto los jóvenes historiadores como sus mentores que antes habían cultivado el género rebautizaron su terminología y abjuraron de la ideología. El tan citado Otto Brunner, por ejemplo, escribió «historia estructural» donde antes había puesto *Volksgeschichte*, y el entonces joven Werner Conze se amparó en Braudel para poner a flote una historia social renovada en la República Federal de Alemania de los años cincuenta. Después, los fundadores de la historia ciencia social, Wehler o Kocka, excluyeron de su ajuste de cuentas con el pasado historiográfico alemán el pasado de los que habían sido sus profesores o maestros en la posguerra, nunca les pidieron explicaciones y ellos tampoco las dieron. Sólo en la última década las cosas han cambiado y la nueva generación de historiadores ha analizado, sin clemencia alguna, lo que hicieron o escribieron en la Alemania nacionalsocialista los que, en su momento, fueron los innovadores de la historiografía en la República Federal.¹

Pero la *Volksgeschichte* no es sólo un asunto doméstico de los alemanes, que ayuda a comprender ciertas continuidades y rupturas disciplinares en la posguerra. Es algo que también hay que tener en cuenta para explicar el surgimiento de esa monumental historia de una región de regiones que es el «Mediterráneo» de Braudel. Claro está que aquí, más que de olvido, se trata de ignorancia y no ha sido precisamente Braudel el que contribuyó a aclarar las cosas.

Todos conocemos la versión del propio historiador: la arquitectura de su tesis doctoral, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, es fruto de la contemplación, «durante años, a solas», en condiciones de cautiverio que le hicieron buscar consuelo en la creencia de que, más allá de los acontecimientos «que sobre nosotros derramaban entonces la radio y los periódicos de nuestros enemigos», había una profundidad mayor, donde se escribe la historia y el destino.²

1 Últimamente en el gremio de historiadores nadie quiere olvidar nada en Alemania, de ahí la polémica desde mediados los años noventa sobre los historiadores en el nacionalsocialismo. Un estado de la cuestión, incluyendo algún que otro *mea culpa*, en el último congreso, el Historikertag de otoño de 1998 en Frankfurt: «Deutsche Historiker im Nationalsozialismus», W. Schulze y O. G. Oexle, eds., Frankfurt, 1999.

2 Citas de un texto de 1972, «Mi formación como historiador», en F. Braudel, *Escritos sobre la Historia*, Madrid, 1991, pp. 11-32 (17-18). En principio casi todos los comentaristas de la obra han dado por buena esta declaración

Parece que las cosas no fueron así. Es verdad que el cautiverio al que había sido llevado por los alemanes tras la derrota de Francia tuvo una importancia capital en la obra braudeliana, pero por motivos distintos a los de una quejumbrosa reflexión sobre los males de la patria. Su viuda, Paule Braudel, dijo que no debemos imaginarnos a Braudel en 1939 «armado de pies a cabeza con eso que se ha llamado la concepción braudeliana de la historia», sino todo lo contrario, «lo que él tenía entonces en su mente era una fantasmagoría fantástica de colores, de paisajes, de hombres, de grandes acontecimientos y de pequeñas anécdotas»; la exigencia de un método y una lógica para elaborar su obra llegó después: «es una exigencia con la que Braudel ha de toparse sólo en las prisiones alemanas». Y aquí la viuda rompe el mito del aislamiento científico del historiador en la prisión: «el libro fue escrito entonces, en lo fundamental, de memoria, pero enriquecido también con una gran abundancia de lecturas alemanas», precisando que en el primer periodo de su cautividad el historiador había gozado de un trato especial y había obtenido en préstamo todo lo que había pedido a la biblioteca de la Universidad de Maguncia, cercana al campo de internamiento de los prisioneros de guerra.³ Pero sería menosprecio de la curiosidad intelectual de Braudel suponer, como supone su viuda, que se limitó a búsquedas eruditas en un momento de gran tensión creadora, empeñado en dar forma a su tesis doctoral. El 26 de octubre de 1941 escribía a su tutor, Lucien Febvre, dando cuenta de sus lecturas: «travaille énormément, moyen Âge, géographie humaine, Kulturgeschichte, Vierteljahrschrift für S. (sozial) und Wirtschaftsgeschichte... avec livres allemands que la bibliothèque de Mayence met à ma disposition», añadiendo que, en comparación, «en France géographie humaine et économie politique effroyablement en retard», hasta el punto de que el 5 de febrero del siguiente año concluye taxativamente que «livres allemands sont ma providence».⁴ Tan «providenciales» fueron los libros alemanes para el joven teniente Braudel que, cuando da una serie de conferencias para sus compañeros de internamiento en el campo de Lübeck, adonde había sido trasladado en la primavera de 1942, se refiere expresamente a ellos en la articulación de su exposición: «le trinome Raum, Wirtschaft, Gesellschaft», espacio, economía, sociedad, un trinomio característico de la geopolítica alemana (y de la *Volksgegeschichte*) y que Braudel contrapone a la parvedad teórica del posibilismo geográfico francés, que critica vivamente.⁵

de solipsismo conceptual; así, M. Aymard, apelando además al respetable testimonio de la viuda, declara su «empresa como obra solitaria de un hombre sin patrones o guías... el fruto de un hombre que, después de haber descubierto un tema, inventa un plan», «El itinerario intelectual de Braudel», en *Primeras jornadas braudelianas*, Méjico, 1993, pp. 76-106 (77).

3 P. Braudel, «Braudel antes de Braudel», en *Primeras jornadas braudelianas*, cit., pp. 84-96 (93 y 86).

4 Citas de una correspondencia publicada en parte en L. Raphael, *Die Erben von Bloch und Febvre*, Stuttgart, 1994, p. 113, nota.

5 Los cuadernos de las conferencias de Lübeck fueron consultados por Gemelli, todavía en vida de Braudel, por cortesía del historiador, ahora no se sabe dónde están. G. Gemelli, *Fernand Braudel e l'Europa universale*, Venecia, 1990, pp. 45-59. Muestra de la ignorancia francesa de las influencias alemanas en Braudel la de Y. Lacoste, que se esfuerza en definir la «geohistoria» de Braudel como una «geopolítica» y reivindica su «conception non vidalienne de la géographie», pero no se le pasa por la cabeza que su repudio de Vidal de La Blache, e incluso del propio Febvre geógrafo, puede tener otra causa que la propia genialidad de Braudel, en «Braudel géographe», en *Lire Braudel*, Pa-

Todo esto no significa, ni mucho menos, que la reorientación o conversión de parte de la historiografía alemana a partir de los años cincuenta deba ser vista como una reaparición de la «nueva historia regional» de los años veinte o de la *Volksgeschichte* de los treinta. O que la primera edición, en 1949, del *Mediterráneo* de Braudel sea, metodológicamente hablando, «una variante francesa, racional y republicana» de una tradición alemana conservadora, *völkisch* y finalmente nacionalsocialista.⁶ Las cosas fueron mucho más complicadas, pero en todo caso no puede desconocerse el potencial innovador que, en su tiempo, tuvo la historia regional alemana de entreguerras, por muy manipulada y degradada que haya sido a partir de la llegada de los nacionalsocialistas al poder. Por esto creo que interesa, al cerrar un Congreso de historia regional de Aragón, volver la vista hacia atrás, hacia un horizonte europeo pasado, y hablar algo de una tradición historiográfica soterrada por culpas propias o ignorancias ajenas, la de la *Landesgeschichte* alemana.

Para empezar: siempre ha habido historia regional, un género con una carta de nobleza disciplinar acreditada desde antiguo. En la época de entreguerras en algunos países como Francia corría el peligro de sucumbir a los encantos de las síntesis de la geografía humana.⁷ En Alemania, en cambio, la historia regional había salido tan robustecida de la gran polémica de fin de siglo que se encontraba en condiciones de tratar de igual a igual, no sólo a la geografía, sino a las demás ciencias humanas y sociales. Efectivamente, Lamprecht luchó como caballero solo contra todo el gremio de historiadores y fracasó en su empeño de llevar adelante una alternativa a la historia política, pero lo más sólido de su empresa, los estudios de la región renana, quedó a salvo en el «Seminario de Landesgeschichte» de la Universidad de Leipzig, donde se formaron investigadores como Rudolf Kötzschke, que enlazaron con la generación de entreguerras.⁸ Entretanto había llegado 1918 y las estipulaciones del tratado de Versalles. También los historiadores se alzaron contra ellas y en este afán la historia regional tenía ventaja frente a la historia política dominante, pues desde Lamprecht disponía de todos los recursos de su *Kulturgeschichte*, un arsenal de técnicas y métodos cartográficos, demográficos, etnográficos, sociales, más apropiados para reivindicar la germanidad de los territorios perdidos o amenazados que los de la hermenéutica individualizadora de la historia diplomática y política. Esta circunstancia facilitó el desarrollo y afianzamiento de la historiografía regional y su revalorización pública, sin que esto significase que la histo-

rís, 1988, pp. 171-218 (189 y ss. y 202 y ss.). Hay juicios peores, como el de Dosse, que afirma que «Braudel peut se lire, tout entier, à l'intérieur de l'héritage vidalien», lo que supone ignorar lo que escribe Braudel y lo que dijeron los autores alemanes..., *L'histoire en miettes*, París, 1897, p. 134.

⁶ L. Raphael, *Die Erben von Bloch und Febvre*, cit., p. 122.

⁷ «No ha sido seguramente fortuito —dice P. Vilar— que entre 1925 y 1930 el grupo más compacto de los jóvenes de mi generación que habían optado por estudiar historia, se decidieran finalmente, a la hora de empezar trabajos personales, por la investigación geográfica», añadiendo que a esta situación sólo puso remedio el magisterio de Bloch y Febvre, en *Cataluña en la España moderna*, Barcelona, 1978, I, pp. 10-11.

⁸ Sobre la importancia de Lamprecht (1856-1915) para la historia regional, y no sólo la alemana, cfr. L. Schorn-Schütte, *Karl Lamprecht, Kulturgeschichtsschreibung zwischen Wissenschaft und Politik*, Göttingen, 1984, pp. 44 y ss. y 229 y ss.

riografía política dominante se creyese obligada a ceder en su monopolio metodológico, intentando una síntesis. Por otro lado, el común empeño de una «revisión radical» del tratado de Versalles acentuó el conservadurismo de prácticamente todos los historiadores universitarios y, en el caso de la historia regional, propició su hostilidad a la modernidad, exaltando los valores comunitarios, el campesinado frente al mundo urbano, y al fin y a la postre neutralizando la racionalidad objetiva de su metodología.⁹

Hemos escogido como ilustración de todo lo dicho un Congreso de historiadores alemanes, el Historikertag de 1924 en Frankfurt, en un momento especial, el de la ocupación del Ruhr por el ejército francés. Esta coyuntura revalorizaba una historiografía regional dedicada desde hacía años a estudiar procesos de población y asentamiento en territorios que se creían, ahora más que nunca, amenazados por el expansionismo del país vecino.¹⁰ Esta situación es la que explica la seguridad con la que el discípulo directo de Lamprecht, Rudolf Kötzschke, expone las relaciones entre historia regional e historia nacional y la audacia metodológica del más joven Hermann Aubin, profesor de Bonn, descalificando para la ocasión la historia narrativa política.

Kötzschke parte de la «violenta vivencia de la guerra europea y sus consecuencias», que a su juicio habría obligado a reconsiderar la manera de escribir una historia nacional. Para esta tarea se atreve nada menos que a evocar la persona de Lamprecht, ante un auditorio donde figuraban varios de sus verdugos, y su empresa de «ampliar la visión histórica» con una *Kulturgeschichte* que relegaba lo político, privilegiando lo material, lo social y lo espiritual. Una «historia cultural» atenta, además, a los «fenómenos de masas» y a las circunstancias o estructuras (*Zustände*) en las que se producían, lo que en el caso de la historia regional significaba no dar relevancia alguna a los aspectos puramente políticos o administrativos. En consecuencia, decía Kötzschke, era necesario tener en cuenta en la investigación la espacialidad de las formas de dominio (aquí la geopolítica), de poblamiento, y todas las manifestaciones culturales, a través principalmente de la etnografía. Una vez realizado esto en toda Alemania, se podría proceder a una «historia comparada» de las regiones y, como conclusión, la integración de los diversos «espacios de vida» (*Lebensräume*) en una historia nacional renovada.¹¹

En una posterior intervención Hermann Aubin asume también la herencia lamprechtiana, planteándose como objeto de investigación una región tan históricamente descoyuntada como la provincia renana de Prusia, con cientos de unidades estatales, que transformaban en caricatura las delimitaciones políticas o administrativas. En estas condiciones, más que en cualquiera de las otras en el resto del país, se trataría de reconstruir espacios con estratificaciones temporales diferentes, delimitando «provincias

9 Cfr. W. Oberkrome, *Volksgeschichte*, Göttingen, 1993, pp. 22-41.

10 Por diversas razones ofrece más interés el Historikertag siguiente de 1932 en Göttingen, pero no disponemos de los textos, mientras que algunos del Historikertag de 1924 han sido recogidos en la ed. que manejamos de P. Fried, *Probleme und Methoden der Landesgeschichte*, Darmstadt, 1978.

11 R. Kötzschke, «Nationalgeschichte und Landesgeschichte», en P. Fried, *Probleme und Methoden der Landesgeschichte*, cit., pp. 12-37 (25-26, 28-29 y 31-37).

culturales» como marcos de «fenómenos de masas» cotidianos, económicos, sociales y espirituales. Esta tarea exigiría una multidisciplinariedad, incluyendo a la lingüística, la etnografía, la geografía, la sociología, además naturalmente de las diversas historias sectoriales, de la economía, del derecho, del arte... Aubin concede gran importancia a técnicas cartográficas que permitan pasar de las dimensiones espaciales a las temporales y de los fenómenos de distribución de formas culturales a morfologías. Cuando se disponga de estudios así concebidos para toda Alemania, «entonces tendremos por fin, por encima de las divisiones territoriales y administrativas modernas, una imagen de los paisajes históricos que constituyen la infraestructura orgánica de una historia del pueblo alemán», tarea a la que atendió Aubin en la parte que le correspondía.¹²

Podría decirse que el Historikertag de Frankfurt significó algo así como una alianza política en circunstancias críticas, entre los historiadores tradicionalistas y los historiadores regionales innovadores, tan conservadores ideológicamente hablando unos como otros, por mucho que divergiesen metodológicamente. Fue inquietante, sin embargo, que los que quisieron ir más allá que Köttschke o Aubin, proclamando abiertamente el fin de la historia de estados y dinastías, que debía ser no completada sino sustituida por una *Volksgeschichte* excluyente de cualquier otra, fueran algunos historiadores austríacos representantes de posturas de una extrema derecha con tintes racistas.¹³

Lo que sucedió a partir de 1933 confirmó los temores que hayan podido sentir algunos ante el clima reinante en aquel entonces. Hasta cierto punto se mantuvieron procesos de innovación metodológica y de técnicas de investigación empíricas, sobre todo en historia agraria, pero historia regional y *Volksgeschichte* se comprometieron cada vez más con la situación, implicándose ideológicamente. Así, por ejemplo, en 1939 se publicó la principal obra del austríaco Otto Brunner, *Land und Herrschaft*, que sobrevivió perfectamente, una vez hechas las necesarias correcciones, a la catástrofe final del régimen nacionalsocialista, siendo reeditada y traducida al inglés y al italiano después de 1945. Si manejamos las ediciones de la época, comprobamos que la indudable novedad que supone su interpretación de las fuentes no sirve sólo para «destruir la anacrónica y contradictoria terminología heredada del siglo XIX», sino que, además, está encaminada «a poner al descubierto el fundamento germánico de los conceptos políticos fundamentales del Tercer Reich, Führung und Gefolgschaft», es decir, caudillaje y fidelidad.¹⁴

12 H. Aubin, «Aufgaben und Wege der geschichtlichen Landeskunde», en P. Fried, *Probleme und Methoden der Landesgeschichte*, cit., pp. 38-51 (cita en p. 51). La parte que le correspondía la llevó a cabo en colaboración con el lingüista Th. Frings y el antropólogo J. Müller, *Kulturströmungen und Kulturprovinzen in den Rheinlanden*, Bonn, 1926.

13 En este sentido se manifestó por ejemplo Helbock, que en 1933 sería expulsado de la Universidad de Innsbruck por su agitación nacionalsocialista y terminaría como profesor invitado de *Volksgeschichte* en la Universidad de Berlín, antes de suceder al mismo Köttschke en la dirección del Seminario de Leipzig, como veremos más adelante. En 1945 fue depurado y perdió su cátedra.

14 O. Brunner, *Land und Herrschaft. Grundfragen der territorialen Verfassungsgeschichte im Mittelalter*, las citas por la 3ª ed., Brunn, 1943, pp. 504 y 526. Brunner (1898-1982) perdió su cátedra en 1945, pero en 1954 la recuperó en la Universidad de Hamburgo, donde fue rector de 1959 a 1960. En 1957 fundó con Werner Conze (1910-1986), formado en la *Volksgeschichte* principalmente bajo la influencia del sociólogo Ipsen en Königsberg, el «Círculo de

En sus intentos de reorganizar y tutelar la ciencia histórica, el nacionalsocialismo obtuvo los mejores resultados en el campo de la historiografía regional y la *Volksgeschichte*. Mejor que adentrarnos en la maraña de institutos e instituciones, daremos un par de ejemplos de lo que podríamos llamar política de personal en las dos simbólicas instituciones de la Universidad de Leipzig, heredadas de la época de Lamprecht. Al jubilarse en 1933 el historiador liberal demócrata Walter Goetz al frente del «Instituto de Kulturgeschichte», su puesto será ocupado por el sociólogo Hans Freyer, un representante de la «revolución de derechas» de la época de Weimar y, después, próximo al nacionalsocialismo. Freyer, con su colega Ipsen de Königsberg, un racista convencido, simboliza el predominio que adquirirá en la historia regional la sociología, desplazando a la geografía. Dos años después, la candidatura de Aubin para suceder al venerable Köttschke en la dirección del «Seminario de historia regional» es derrotada por la de Helbock, un historiador nacionalsocialista austriaco, que añadirá al nombre del seminario el término de *Volksgeschichte*, para destacar su nueva orientación, la de la comunidad histórica basada en la *Gemeinschaft des Blutes*, la comunidad de la sangre...¹⁵

Pero lo peor estaba por llegar con el comienzo de las campañas militares en el frente del Este. Desde comienzos de la República de Weimar el *Drang nach Osten*, un *topos* clásico de la historiografía alemana, se potenció con el consenso general existente sobre la injusticia que representarían las fronteras con Polonia, impuestas tras la guerra europea. Por eso, desde el primer momento un grupo pequeño pero influyente de historiadores y geógrafos, a los que más tarde se añadieron muchos más, y de sociólogos, como el mencionado Ipsen, se ofrecieron como asesores, primero para justificar la expansión aduciendo la superioridad de la cultura campesina germánica frente a la eslava y, después, para confeccionar, a demanda de las autoridades, informes que serían utilizados en los desplazamientos de población y en la correspondiente *Entjudung*, desjudización, siniestro término que usaban sin reparos los historiadores en sus propios textos. Quizá no merezcan el calificativo que les han dado sus recientes críticos, *Vordenker des Vernichtungskriegs*, pues ellos no fueron los que dieron las ideas, pero en todo caso nunca se negaron a responder profesionalmente a los requerimientos que militares y nacionalsocialistas les hicieron. El régimen confió en ellos hasta el final. Todavía en el mes de febrero de 1944 Hans Ehlich, jefe de un estandarte de la «SS», que el año anterior había sido nombrado tutor de los centros de investigación regional de la Europa oriental, convocó una fantasmal reunión de historiadores en Praga, con vistas a la preparación de la necesaria documentación para discutir con los aliados sobre las futuras fronteras del Tercer Reich, dado que el fin de la guerra se aproximaba...¹⁶

estudios de historia social moderna» de Heidelberg, considerado la plataforma inicial de la renovación historiográfica en la República Federal. De todos los historiadores alemanes citados, Brunner es el único del que existen traducciones, no muchas y a veces en un castellano incomprensible; su recepción, especialmente por los modernistas de nuestro país, debe mucho a la recuperación que se ha hecho de su obra en Italia.

15 Todas estas vicisitudes, en W. Oberkrome, *Volksgeschichte*, cit., pp. 113, 131-132, 126, 92-93.

16 I. Haar, *Historiker im Nationalsozialismus. Deutsche Geschichtswissenschaft und der «Volkstumskampf» im Osten*, Göttingen, 2000, p. 358.

A la vista de todo esto no es de extrañar que, a la conclusión de la guerra, los practicantes de la *Volksgeschichte* no se esforzaran en hacer valer la modernidad de sus técnicas de investigación. Todo lo contrario, guardaron silencio e intentaron adaptarse al nuevo marco de la República Federal. Los más capaces terminaron encabezando, tal como habían hecho los herederos de Lamprecht en el seno de la *Landesgeschichte* de los años veinte, una reacción contra el predominio de una historia política que, a pesar del desastre de 1945, siguió conservando su posición hegemónica hasta los años setenta. Y entonces fueron los discípulos de aquellos que en su juventud se dejaron arrastrar por el nacionalsocialismo los que lograron definitivamente (naturalmente, no sólo ellos) imprimir un giro decisivo a la historiografía alemana. Cosas de la vida, que conviene tener presentes para comprender mejor la evolución de la historiografía europea, incluida, ¿por qué no?, la historiografía regional de Aragón, en este siglo que ha terminado.